Silvia

Capítulo extra
#Universo Silvia

@BetaCoqueta

ELÍSABET BENAVENT

SUMA de letras

Si eres una de las coquetas que aún no ha terminado las dos novelas del #UniversoSilvia, mejor deja de leer. ¡Pero vuelve algún día!.

Capítulo extra
#Universo Silvia

A las que terminaron el libro y se emocionaron con los personajes, decirles que las comprendo muy bien cuando me cuentan en sus mensajes que no consiguen quitarse de la cabeza a Gabriel. A mí me pasa lo mismo. Y tanto ha sido así que, a pesar de que es una de esas cosas que no me gusta hacer… he sentido la necesidad de escribir un poco más. Sólo una pincelada. Un solo capítulo más, a modo de epílogo, para darnos la oportunidad de despedirnos bien de los personajes, de decirles adiós y, como ya dije en su día sobre Valeria y Víctor, dejarles en su intimidad, viviendo sus vidas. Pobres, con lo que han pasado lo merecen, ¿no estáis de acuerdo?

Pues eso, aquí está. Aquí está eso que me dije que no haría pero que no he podido evitar hacer. Espero que disfrutéis. Yo vuelvo al trabajo, a que mis dedos tecleen algo que, ojalá, pueda haceros sonreír el día de mañana.

Se os quiere,

Elisabet

DESPEDIDAS

Tengo los ojos abiertos de par en par. Está empezando a hacerse de día fuera; se adivina a través de las trabillas de madera de la ventana. Miró el reloj despertador. Pronto serán las siete de la mañana, pero hoy no sonará la alarma. A decir verdad, tendría que haber sonado hace casi media hora, pero él mismo la desactivó anoche con una extraña ilusión en la cara.

– Todo el día en casa, con vosotras. – dijo con una sonrisa.

Le miro. Sigue durmiendo plácidamente. Siento una punzada dentro de mí, en la boca del estómago. No me gusta verlo dormir muy profundamente porque me inquieta. Tan quieto. Tan… como aquel día. Sin embargo, mis labios van tensándose, sonriendo, porque esta mañana tiene los morritos puestos como si fuera un bebé de pecho que duerme en la cuna.

Como si pudiera intuir que me estoy riendo a su costa, se remueve bajo la sábana y se pone boca arriba con un suspiro profundo que lo deja con la boca abierta. Tengo que morderme el labio inferior con fuerza para no lanzar una carcajada cuando empieza a roncar con sordina.

– Ay, por dios. – musito descojonada, volviéndome hacia el otro lado, porque si empiezo a reírme no podré parar y se despertará sobresaltado.

Sus ronquiditos van haciéndose más y más profundos hasta que uno de ellos resuena hasta en el pasillo. Por el movimiento que escucho a mi espalda, se ha despertado. Sí, querido, este estruendo eras tú roncando cual cochinillo.

– Mmm… – murmura, acercándose y abrazándose a mi cintura.

Qué barbaridad. Antes de que su propio cerebro despierte, el de su otra cabeza se ha tomado ya dos o tres cafés. La tengo apretada a mi trasero, pidiendo mimosa que le haga casito. Se mueve un poco y yo me río.

– Estás despierta. – me informa.

– Gracias por esta información tan de valor.

– ¿Qué haces despierta?

– No puedo dormir; la funda de almohada huele a café.

Noto la vibración de su risa.

– Vas a tener que comprarte un cacharro de esos… ¿cómo se llaman?

– ¿Un ambientador para almohadas? ¿Existen?

– No. Un predictor. Ya empezamos con los olores…

– No estoy embarazada. – respondo airada. – Es que la almohada huele a café.

– Ajá. La almohada, inexplicablemente, huele a café.

– Sí. Y me irrita.

– Y te irrita. Vale.

Se frota conscientemente contra mi trasero y la irritación se me va un poco cuando acompaña el movimiento con un mordisquito en mi cuello y una especie de ronroneo de invitación. Oh, por Dios, después de tantos años, ¿sigue preguntando? ¡Claro que quiero!

Me giro sonriente y levanta un par de veces seguidas las cejitas. Me da la risa, pero no levanto demasiado la voz.

– Shh… – me reprende.

Nos besamos y sus manos van directas debajo de mi camisón. Una de ellas, más atrevida, se aventura dentro del algodón de mi ropa interior. Suspiro.

– Me entretendría mucho ahora, ¿sabes? – susurra con malicia. – Con mis dedos, con mi boca, mi lengua… Pero debe estar a punto de levantarse.

– Nos hemos hecho muy prácticos. – contesto arqueándome, buscando sus caricias.

– Demasiado.

Sin decir nada nos movemos a la vez, cogiendo posiciones estratégicas para acoplarnos el uno al otro. Me quita las braguitas, abro las piernas y se coloca encima, entre ellas. Bajamos su pantalón de pijama, se coloca a mi entrada y me penetra. Echo la cabeza hacia atrás porque me gusta tanto… y él vuelve a empujar dentro de mí.

– Eso es, nena…

No me da tiempo a responder porque el chirrido de la puerta de la habitación de al lado nos pone sobre aviso de que hay movimiento en el pasillo.

– Joder… – masculla.

Una manita empuja la madera de nuestra puerta y cuando sus pasitos rápidos la han llevado ya hasta nuestra cama, Gabriel está en su lado y yo en el mío, fingiendo que somos padres sin necesidad de pasar tiempo solos.

– Mami. – dice, como anunciando su presencia.

– Buenos días. – su padre la tiene ya en brazos y la recibe con besos sonoros. – ¡Pero qué madrugadora! ¿Quieres que hagamos tortitas?

Me incorporo asustada. "Deja las sartenes donde podamos verlas y aléjate despacio de ellas", me dan ganas de decir. Un sonido de llaves me relaja; ahí viene el séptimo de caballería en rescate. Los pasitos de Tina sobre la vieja madera del suelo se encaminan hacia la cocina.

– Ven, vamos a lavarnos la cara y a darle los buenos días a Tina. Le das un besito y le dices que quieres tortitas.

– Dile que tu padre quiere tortitas, más bien. – respondo repantigándome en la cama.

Desayunamos los cuatro. No es algo que suela pasar muy a menudo, así que lo disfrutamos con tranquilidad. No hay prisas, solo café, zumo, fruta y tortitas. Bueno, Tina picotea de su plato mientras hace cosas en la cocina, pero es que creo que es físicamente imposible que se esté quieta.

– ¿Quieres sentarte? ¡Me estás poniendo nerviosa! – le pido entre risas.

Ni caso, claro.

Gabriel tiene sentada a la niña en sus rodillas mientras bebe café y trastea con su IPad, consultando unos correos electrónicos. Ella aprovecha la distracción para guarrear a sus anchas con una tortita que Gab tiene a medio comer. Desde aquí le veo las manitas rechonchas aceitosas, llenas de restos de mantequilla y está haciendo bolitas con la masa. Doy un toquecito con las uñas en la mesa y él me mira; le señalo el estropicio que hay en su plato y suspira.

– Alba, con la comida no se juega. Y menos con la que no es tuya. ¿Y ahora qué desayuna papá?

Ella coge decidida un pedazo de la tortita manoseada y se lo tiende con cara de adoración. Las niñas y sus padres… lo está observando como si Dios le estuviera hablando. Miro a Gabriel para que no flaquee; le cuesta un mundo mantenerse serio. Quiere sonreírle, comerse la masa apelotonada que le ofrece a pesar de que tiene un pelo y bastante roña adherida y abrazarla, pero niega con la cabeza, despacio. Ella le da un beso baboso en una mano y aprovechando que está concentrada, repasando por enésima vez los tatuajes de colores de su padre, él me lanza a mí una mirada como de auxilio, de esas que dicen "es tan mona que no lo puedo soportar". Y lo entiendo, a mí también me cuesta mucho regañarla, pero tenemos que hacerlo.

Gabriel y Alba se entretienen mucho en la rutina de la mañana. Cuando él está en casa le gusta hacerlo todo él, dedicándole horas a la labor más sencilla, disfrutando de cada segundo. Yo suelo tener la oportunidad de pasar mucho más tiempo a la niña, porque mi trabajo es mucho más laxo que el suyo, por eso le doy el gusto y le dejo hacer. La tarea de peinarse se demora tanto, tantísimo, que cuando quiero darme cuenta, son las doce pasadas y aquí ya es casi hora de comer. Eso sí, Alba lleva unas trenzas impolutas. Descubrir a Gabriel viendo tutoriales de Youtube sobre cómo hacer una trenza de espiga fue… interesante. Eso es el amor. Me gustaría hacer un viaje en el tiempo y decirle al Gabriel oscuro y meditabundo que un día, no muy lejano, disfrutará poniendo pegatinas de gatitos de colores en una libreta rosa.

A pesar de las horas que son, salimos a pasear con Rayo a un parque cercano a casa. Me encanta ver la cara de tonto que pone cuando corre y las orejas le bambolean a los lados, con la lengua fuera. Rayo, no Gabriel,

claro. Ay, dios, adoro a este perro aunque sea feo hasta decir basta. Alba juega con él, se revuelcan por el suelo y nosotros, sentados en la hierba los miramos en silencio, disfrutando también. Gabriel me besa sobre el pelo.

– Tienes mala cara. – me dice.

– El sirope de arce me da ardor.

– Estás embaraza. – canturrea.

– No estoy embarazada. Ni siquiera sé si quiero estarlo.

– Como si eso fuese un buen método anticonceptivo.

– Esas pastillas que te empecinaste en que dejara, esas sí son un buen método anticonceptivo.

– No las necesitas.

– Te va a salvar que me parece que tienes menos puntería de la que crees. – bromeo.

– Claro. – responde con una nota petulante en su voz.

– Lo de Alba fue suerte, vaquero.

– No. – levanta mi barbilla hacia él y me besa. – Lo de cruzarme contigo fue suerte.

Pasamos por una farmacia de camino a casa y Gabriel agita las cejas, recordándome que opina de verdad que debería comprar un test de embarazo. Niego con la cabeza y cojo a Alba en brazos. Tengo hambre y quiero llegar pronto a casa. No me hace falta comprar nada.

Me gustan los días como hoy que, aunque no son una fecha señalada, acaban siendo especiales. Despertarme con él sin prisas, porque en el estudio nadie le espera. Desayunar sentados, poder perder una hora en mirarle, sin decir mucho. Pasear. Correr con Rayo, que me persigue enloquecido y después me llena de babas. Dejar que Alba se manche de hierba y después me muerda las rodillas porque aún no sabe muy bien cómo expresar que está contenta y que me quiere. Comer en la parte trasera del jardín y que Gabriel se quede dormido en la hamaca. Que salga el sol y luego llueva. Ver una película antigua en el salón. Hablar un rato con Bea por teléfono y reírme a carcajadas de su última ocurrencia. La vida a veces es maravillosamente poco emocionante.

Ya es casi de noche. Después de pelear con la cena ("guisantes no, mamá, que los guisantes son pequeños y seguro que tienen papás que no quieren que se los coman"… en fin) Gabriel y Alba se están preparando para el baño y, aunque no quiero perdérmelo, me escapo un segundo al despacho para poder mandarle un mail a mi madre con las últimas fotos de la niña. Crece muy deprisa hasta para mí, que la veo todos los días. No quiero que mamá se pierda nada a pesar de los kilómetros.

Me recibe el sonido del buzón de correo lleno. Tiro a la papelera de reciclaje tres o cuatro newsletter de tiendas

online. Aunque espera… este melo guardo, que me ha gustado la chaqueta. Leo uno de mi hermano Varo, que acaba de ser papá y que ha decido escribirme, en una especie de "diario del padre desquiciado", sus experiencias entre pañales.

– ¿De qué te reirás tanto? – pregunta Gabriel en el pasillo, llevando a la niña hacia el baño.

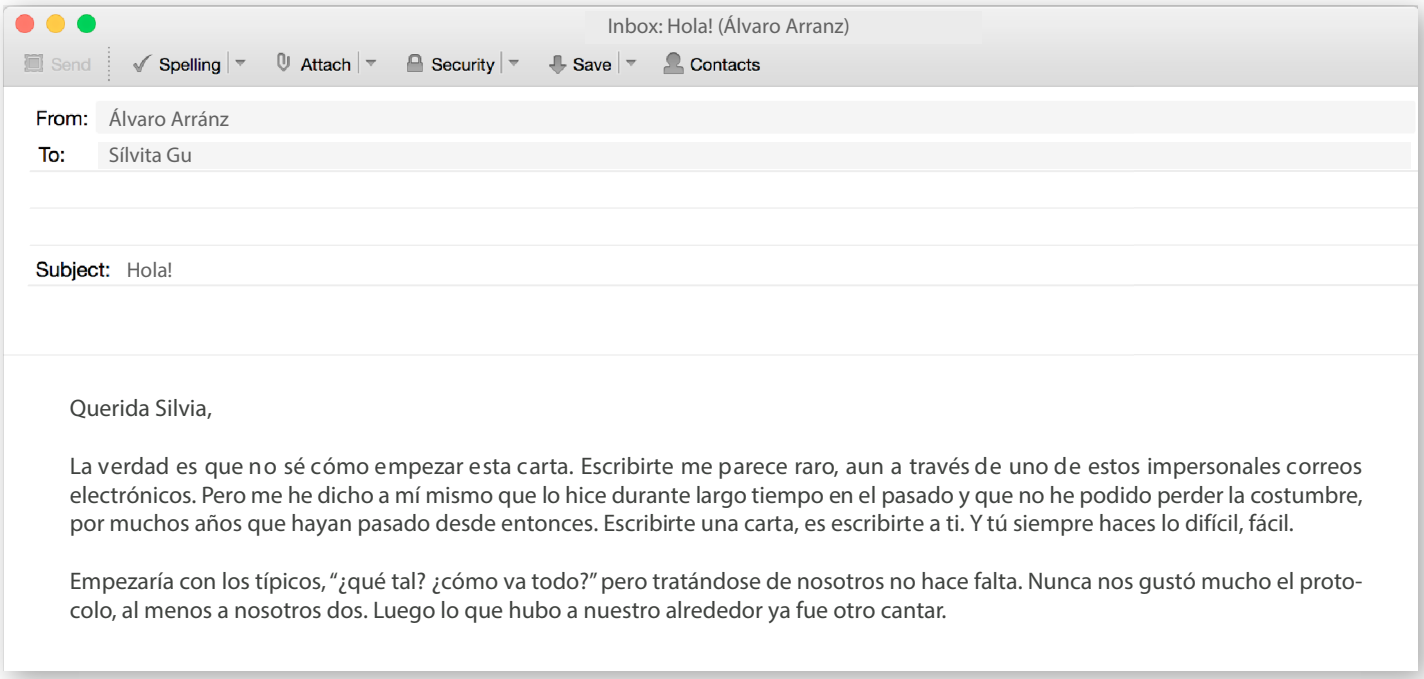
– Varo.

– ¿Ha vuelto a mancharse de caca un ojo?

– Parecido.

Sigo leyendo. Una de mis amigas ha enviado una cadena de esas que "si no envías a cinco amigos en los siguientes tres minutos hará que te salga una verruga en el pene (y si no tienes pene hará que te salga uno, por supuesto)". Le contesto con una foto de Christian Castro con las mechas rubias en todo su esplendor. Sé que gritará de horror cuando lo abra. Y entonces, mientras hago limpieza entre los correos no deseados, encuentro algo que no esperaba. Encuentro a alguien que no esperaba.

Mi primer impulso es borrar el correo, pero lo cierto es que no es lo que realmente deseo hacer, así que lo rescato. No lo leo enseguida. Me demoro minutos enteros, con la mirada perdida y los dedos jugueteando con mi pelo. Me pregunto muchas veces seguidas si será positivo leerlo y por qué ahora. Al final decido que los porqués han dejado de importarme. Y entonces, leo.



Mejor me centro en contarte que… soy feliz. Puede que no te interese o incluso que hayas decidido borrar este mail antes de leerlo, pero algo me dice que… estás leyéndome. Durante un tiempo, hasta que me repuse de lo nuestro, fui feliz solo. Pero entonces… la conocí. Fue saliendo de una cafetería. Se le enganchó un tacón en una baldosa y me tiró un café por encima. Sabes cómo soy, creí que le arrancaba la cabeza, pero… fue un flechazo, supongo. Tres meses después, estaba embarazada. Sé que nunca quise tener hijos, pero a veces la vida da esos giros por nosotros. Ahora que soy padre, sé lo que me hubiera perdido de haber tomado otra decisión.

Las cosas nos van muy bien, a pesar de que las relaciones con mi familia son tensas. ¿Puedes imaginar a mi madre cuando le dijimos que íbamos a ser padres sin casarnos? Casi le salió espuma por la boca pero… si algo aprendí estando contigo fue que cometer siempre el mismo error encadena nuestras vidas. Hubieras estado orgullosa de mí. Me acordé mucho de ti aquella tarde.

A decir verdad, me acuerdo bastante de ti, a pesar de que ya aprendí a no quererte. Llevo mucho tiempo retrasando esto, pero lo cierto es que tengo la necesidad de decirte que entendí cuál fue nuestro error y que no te culpo por marcharte con él cuando volvió. Tratamos de volver a tener algo que se esfumó, probablemente porque yo lo estropeé. Nos empecinamos los dos, creímos que era la respuesta, pero no lo fue ni para ti ni para mí. Una huida hacia delante, sin duda. Debimos estar solos. De lo único que doy gracias a Dios es de que apareciera a tiempo; casarnos nos hubiera hecho, a la larga, sumamente desgraciados.

A ella le he hablado de ti. La primera vez lloró, porque decía que ningún hombre habla así de una mujer de la que no está enamorado. Pero yo ya no te quería, lo que no significa que haya dejado de tener cariño a nuestra historia, a nuestras idas y venidas y hasta a esos "errores placenteros" que cometimos tantas veces (a veces hasta cuatro veces por noche; qué barbaridad, puedo decir que me he hecho viejo). Lo único que no me gusta de entonces, soy yo. Pero ya no soy de esa manera. Crecí.

El otro día, me trajo una revista. Venía como con miedo. "Quiero que la veas, quiero saber si sigues sintiendo algo." Al abrir las páginas, allí estabas tú. Pelo largo y de ese color tan indescriptible que a veces tiraba a dorado y otras tantas a naranja. Aún recuerdo cuando te paseabas por casa con el tinte puesto y me preguntabas si estabas sexi. Siempre lo estabas. Me costó reconocerte dentro de esos vaqueros rotos con tachuelas. Blusa blanca con tachuelas en el cuello y en los puños, una sudadera gris con el dibujo de una calavera. A tu lado él, camisa vaquera abierta, pantalones negros, camiseta negra, zapatillas negras, pelo negro… me dio hasta la risa. Nunca había visto a nadie hacer tan buena pareja, joder. Me repateó saber que siempre tuvisteis razón al quereros, pero me alegré. Sobre todo cuando la vi a ella. Es una mezcla perfecta de los dos. Enhorabuena, Silvia.

Espero que tu vida allí sea plena, que seas feliz y que hayas encontrado tu sitio en el mundo. Tendrá que ser un lugar muy especial, como siempre lo has sido tú. Me encantaría que me contestaras este correo, para saber de ti y para cerciorarme de que tú también recuerdas aquellos años con cariño. Para saber que me has perdonado.

Te adjunto un par de fotos, para presentarte formalmente a mi familia: a mi compañera y a mi hijo Damián y para que veas lo cambiado que estoy, porque sé que te hará gracia verme así tan… desenfadado. Cuando te digo que he cambiado, no bromeo. No en balde tengo más canas en la barba y unas buenas patas de gallo.

Lo leo un par de veces antes de abrir las fotos adjuntas. Me entra hasta la risa. Me cuesta reconocerlo en la imagen. Tan sonriente, tan despeinado, tan… mayor. Sigue pareciéndote guapo, me confieso mentalmente. Sigue teniendo eso que… que brilla en sus ojos y que hace que las mujeres miremos en su dirección cuando nos cruzamos con él. Después de unos minutos mordiéndome las uñas, mirando la pantalla, pongo los dedos en el teclado y… empiezo.

Re: Hola! (Álvaro Arranz)

Send | Spelling | Attach | Security | Save | Contacts

From: Silvita GU

To: Álvaro Arránz

Subject: Re: Hola!

Querido Álvaro;

Madre de dios santísimo. ¿¡El de la foto dices que eres tú!!? Creo que si te viera por la calle no te reconocería. Estás muy g uapo con barba, sí señor. Y te queda muy bien el niño en brazos. Ese niño no puede negar quién es su padre (tu madre estará más tranquila con eso, al menos). Es un bebé precioso y la mamá también lo es. Hacéis una pareja preciosa y… me alegra ver que sonríes como nunca antes lo hiciste. Es buenísima señal.

Te diría que no me sorprendió recibir este mail, pero lo cierto es que he tenido que mirar cinco o seis veces el remitente para asegurarme de lo que estaban viendo mis ojos. Con eso de la maternidad he dejado la absenta, pero por un momento pensé que me duraba el efecto de alguna borrachera pasada.

Me ha alegrado mucho leerte.

Estoy de acuerdo en que, pasado lo que tenemos a nuestras espaldas, es mejor ignorar el protocolo. Me tranquiliza mucho saber que entendiste mi marcha. Estoy de acuerdo contigo en que nos habría hecho muy infelices a la larga seguir con nuestro proyecto de vida en común. Nos casábamos resignados, no enamorados y ese no es un buen punto de partida para nada. Además, nos habríamos perdido con total seguridad la experiencia de ser padres. Tú no tendrías a Damián y no podrías ver tus ojos en los de otra persona. Joder, estoy aún alucinando. ¡Ese niño es un mini-yo tuyo!

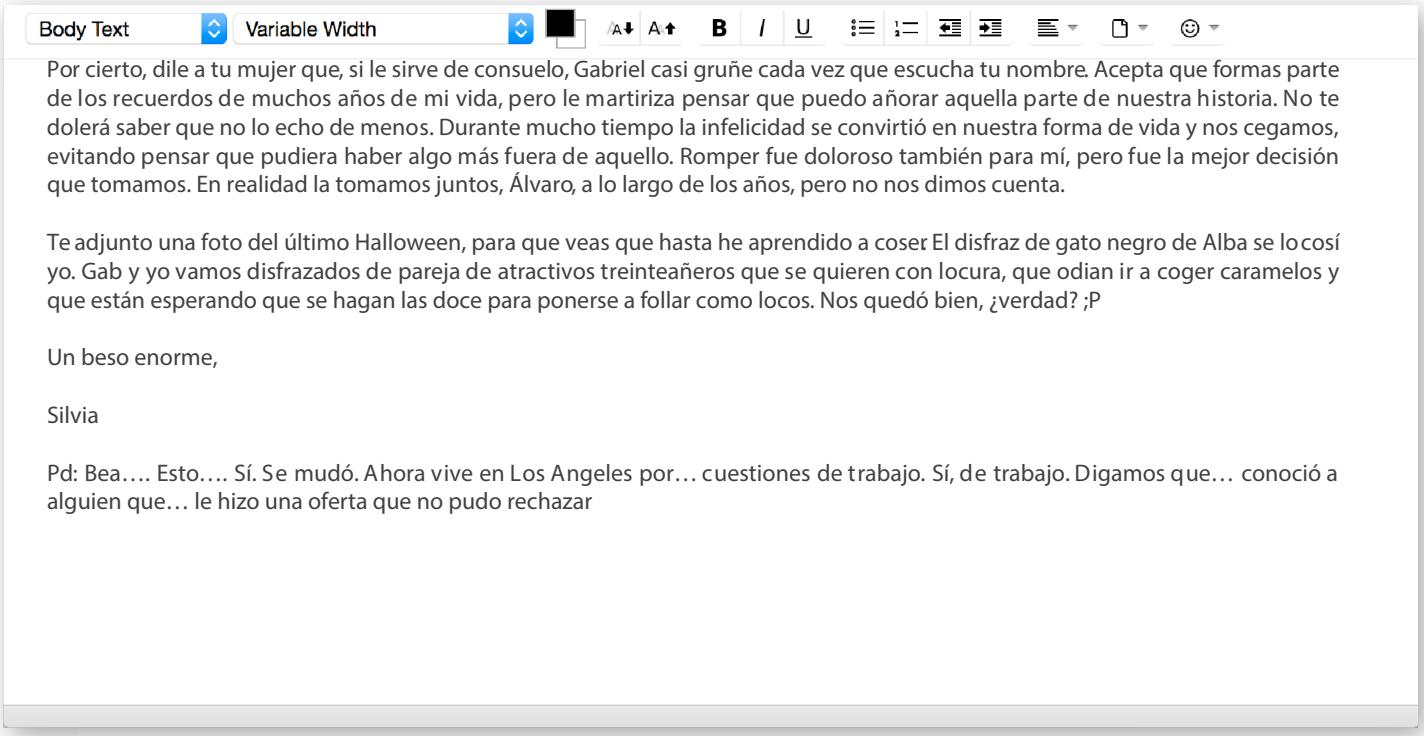
Como pudiste ver en la revista, sí, he sido mamá. Cómo pasa el tiempo… es una barbaridad. Somos muy felices, a pesar de que Gabriel se resiste un poco a aceptar que su hija crece. Quizá tenga que hacerme a la idea de que para él siempre será un bebé. Pobre Alba, menuda adolescencia le espera con un padre como el suyo. Creo que saldrá a la calle con escolta, no por la fama, sino para que no se le acerque ningún niño. A menudo rumia entre dientes que podíamos haberla hecho más fea.

Estamos pensando en darle un hermano o una hermana, pero no sé. Los niños quitan tanto tiempo que a veces, entre trabajo, nuestra hija y demás, nos cuesta encontrar un rato para nosotros. Ahora al menos las noches las duerme enteras. Tener todas esas horas para los dos es un lujo que hemos redescubierto hace poco… Pobre Gabriel. Se ha acostumbrado a dormir una cantidad ínfima de horas. Soy una esposa exigente.

La vida aquí es muy cómoda, ¿sabes? Y la gente tan amable… es fácil acostumbrarse. Sigue asombrándome el tamaño de las cosas. Deberías verme en el supermercado; parezco Paco Martínez Soria. Da igual cuántos años pasen… nunca va a dejar de asombrarme el hecho de que el zumo se comercialice en garrafas de cinco litros o que haya cincuenta tipos diferentes de cereales de desayuno. ¿Dónde están los chococrispis de toda la vida, leche?

Supongo que te preguntas también cómo le va a Gabriel después de todo. No lo has preguntado, pero me imagino que es algo que en su momento te preocupó. Es duro, no te digo que no. Cada año es un poco más fácil y cada año aprendemos más sobre el otro. Sé que de vez en cuando necesita abrazar solo a su guitarra; sé que otras veces necesita que no se le deje solo; sé que necesita ser constantemente consciente de que su vida está llena de cosas que le dan sentido. Nunca dejará de ser alguien melancólico y, además, ha tenido una vida dura. No creo que le sea posible olvidar nunca que estuvo clínicamente muerto durante unos minutos por una sobredosis de heroína. Ni que yo lo encontré. Todas las mañanas se siente agradecido de despertar y de hacerlo a mi lado. Y yo doy las gracias también.

Yo también soy feliz. Los dos conseguimos serlo, qué curioso. Durante mucho tiempo creí que no lo conseguiríamos.


Body Text Variable Width

Por cierto, dile a tu mujer que, si le sirve de consuelo, Gabriel casi gruñe cada vez que escucha tu nombre. Acepta que formas parte de los recuerdos de muchos años de mi vida, pero le martiriza pensar que puedo añorar aquella parte de nuestra historia. No te dolerá saber que no lo echo de menos. Durante mucho tiempo la infelicidad se convirtió en nuestra forma de vida y nos cegamos, evitando pensar que pudiera haber algo más fuera de aquello. Romper fue doloroso también para mí, pero fue la mejor decisión que tomamos. En realidad la tomamos juntos, Álvaro, a lo largo de los años, pero no nos dimos cuenta.

Te adjunto una foto del último Halloween, para que veas que hasta he aprendido a coser. El disfraz de gato negro de Alba se lo cosí yo. Gab y yo vamos disfrazados de pareja de atractivos treinteañeros que se quieren con locura, que odian ir a coger caramelos y que están esperando que se hagan las doce para ponerse a follar como locos. Nos quedó bien, ¿verdad? ;P

Un beso enorme,

Silvia

Pd: Bea…. Esto…. Sí. Se mudó. Ahora vive en Los Angeles por… cuestiones de trabajo. Sí, de trabajo. Digamos que… conoció a alguien que… le hizo una oferta que no pudo rechazar

Llego tarde a la hora del baño. Ni siquiera los encuentro allí dentro, pero sé con certeza dónde estarán. Me cruzo con Tina, que me da un beso antes de irse y voy al cuarto de la niña, donde Gab está acostado sobre la alfombra, con ella. Ella lleva solo unas braguitas con arcoiris y él solo lleva unos pantalones de pijama negros. Se han debido bañar juntos porque a Gabriel se le ha olvidado el horror de tener que explicarle por qué papá no tiene lo mismo que mamá y mamá lo tiene todo más grande que ella. Están hablando a media voz.

– Este. – dice ella señalando el tatuaje old school de un corazón que Gabriel lleva en el pecho.

– ¿Este? – pregunta él. – Ayer me dijiste que este. – se señala una flor colorida que destaca en su brazo izquierdo.

– No. Este. The red one.

– El rojo. Ahora estamos hablando en castellano.

– Lojo. – repite ella a media voz. – ¿Jubamos a pintar?

– No es hora de jugar, es hora de dormir.

– Pero no quiero.

– Ay, hija, en esta vida vas a tener que hacer cosas que no quieres.

– ¿Cuálas?

– Las pascualas.

– ¿Por qué has decido eso?

– Dicho. Se dice, "por qué has dicho eso" y no "cualas"; se dice "cuáles".

– ¿Cuáles?

Gab me mira y pone una falsa cara de mortificación. Le encantan estas conversaciones absurdas. A menudo me dice que no sabe si sabrá hablar con ella cuando sea adulta.

– ¿Por qué tiene que crecer? – bromea a veces apesadumbrado. – Yo quiero que me mire siempre así.

– ¿Así, cómo?

– Como si yo lo supiera y lo pudiera todo.

– Siempre te mirará así. Eres su padre.

Gabriel se levanta del suelo con ella en brazos y me la acerca para que le dé las buenas noches.

– No quiero dormir. – me dice frotándose los ojos.

Él me pasa el pijama y se lo colocamos como podemos, entre los dos. Se retuerce como una lagartija regordeta entre nuestros brazos.

– Tienes que hacerle caso a papá. ¿A que sí?

– Sí. Pero no quiero dormir. Quiero jubar.

– Mañana jugaremos. Es sábado y papá también estará en casa.

– Mañana no. Ahora.

– Ahora no puede ser.

– A mi cama no. – dice amenazando con coger una pataleta. – ¡¡Con vosotros!!

– Ay, no. Eso sí que no. – se ríe él. Y me imagino por qué. – ¿Para qué tienes una cama tú entonces?

– Para cuando sea mayor.

– ¡Pero si ya eres mayor!

– ¡¡¡Que no quiero dormir!!! – grita y estalla en llantos.

Gabriel la coge en brazos otra vez, muy serio. Alba se enjuga las lágrimas de cocodrilo con pesar, pero él no cede.

– Papá. – llora.

– No. Papá no. Tú y yo teníamos un trato. Y el trato era que tú hoy no llorabas y a cambio leíamos "Monitos". – Gabriel odia con toda su alma el puñetero cuento del mono, así que la negociación ha debido de ser dura. – ¿Ahora qué hacemos?

– ¡¡Papá!! – balbucea, empapada en lágrimas, moquitos y babas.

– Eh… así no, ¿eh? – le digo firme pero con cariño. – Las promesas se tienen que cumplir.

– ¡¡Monitos!!

Me entra la risa al ver la cara desencajada de Gabriel y me giro hacia el marco de la puerta. Una patada en el culo me avisa de que se ha dado cuenta de que me estoy riendo.

– Tráeme la guitarra, mi vida. – me pide.

– ¿La guitarra ahora?

– Sí, tráemela, por favor. Alba, escúchame. Como has llorado, no puedo leer el cuento de "Monitos", pero podemos hacer otro trato, ¿me escuchas?

Ella se retuerce en sus brazos, llorando. Me parece escucharle decir que somos muy malos. No, hija, malo va a ser cuando tu padre le cuente a tu primer novio que nos hiciste leer cada noche un cuento sobre una familia de monos que hacen tartas y que decías que el mono era guapo y que te querías casar con él.

Voy al estudio y me planto delante de las guitarras. "Tráeme la guitarra", me dice. Como si solo hubiera una. Cojo la primera que pillo y cuando me ve aparecer con ella Gabriel se descojona.

– Vaya, vaya, la eléctrica, ¿eh? ¿Para qué ibas a coger tú la española? Mejor le damos caña a ver si la niña se nos canta "The final countdown".

Pongo los ojos en blanco y voy a coger otra, pero él la agarra del mástil y me pasa a la niña. Intento tranquilizarla mientras él conecta la guitarra y la prepara. Sí, tiene un amplificador en la habitación de su hija, pero es que le encanta cantarle antes de dormir y le gusta hacerlo bien. Se sienta en una pequeña sillita que le queda bastante ridícula y yo dejo a Alba en la camita, levantando la barrera que la hace parecer enjaulada. Le doy su peluche preferido, que no, no es ni un osito, ni un unicornio, ni un conejito… si no una rata con dos enormes dientes. Es asquerosa, la verdad. Mis hermanos y mi marido tienen mucho sentido del humor; juntarlos da verdadero miedo. Ella abraza a la rata asquerosa y lloriquea, poniéndose de pie, con ese minúsculo pijama de Eduardo

Manostijeras con el que está tan graciosa. Se mete el pulgar en la boca y succiona fuerte, sin parar de sollozar. Qué farsante es; ha salido a su madre, sin duda. Me apoyo en la pared y le acaricio el pelo a él; Gabriel arranca unas notas a la guitarra y sonrío cuando ella parece aplacar el llanto, quedándose expectante.

– Pero tienes que dejar de llorar. – dice mientras acaricia las cuerdas. – Porque no escucharás la canción y… es muy bonita. Y ese dedo fuera de la boca ya mismo.

Ella se frota la cara, lloriqueando aún. Las notas llenan la habitación. Mis vecinos estarían hasta el gorro de nosotros si no fuera placentero escuchar a Gabriel antes de dormir a los niños. Mi señora vecina no puede evitar que se le note que igual le gusta un poco demasiado. Yo creo que hasta se toca…

Y sin más… Gabriel empieza a cantar, suave.

– I heard there was a secret chord. That David played and it pleased the lord, but you don't really care for music, do you? Well it goes like this: the fourth, the fifth, the minor fall and the major lift, the baffled king composing hallelujah…

Cierro los ojos. Adoro esta canción. Adoro la voz de Gabriel cantándola. Adoro que mi hija pueda tener el recuerdo de su padre tocando la guitarra para ella antes de dormir. No quiero ni moverme, porque el momento es especial y quebradizo, como las notas que rebotan en las paredes y nos envuelven. Aleluya, pienso yo también. Respiro con cuidado. Han pasado años, bastantes y aún me conmociona escuchar su voz. Escucharle cantar es recordar cosas que no siempre fueron felices o fáciles. Es echar un vistazo atrás y vernos perdidos. Es recordar que vi a Gabriel morir, que lo agarré, que lo retuve, que lo odié, que lo necesité, que me rompí por completo y hui hacia delante, corriendo, sin querer ver nada más. Pero escucharle cantar es, además, recordar que el hombre que tengo aquí delante se rehízo de nuevo por mí, por él y para que pudiéramos querernos como nos merecíamos.

Alba está sentada en la cama, dormida, con la cabeza apoyada en los barrotes. No ha dejado de luchar contra el sueño ni un momento, pero la ha vencido. Gabriel deja la guitarra apoyada en la pared, desconecta el ampli y demás y después la recoloca dentro de las sábanas, acomodándola. Me guiña un ojo.

– Ahora, señorita, a la cama.

– Pero es pronto. – digo, recordándome a mi hija.

– ¿He dicho a dormir?

Sonrío.

Durante más de media hora las sábanas de nuestra enorme cama se rompen como olas blancas debajo de nuestros cuerpos. Y dentro de mi cabeza parece que aún suena Hallelujah y que nos movemos a cámara lenta. Hoy no hay "nena, qué bueno", ni gemidos. El placer es sordo y silencioso. Su boca, entreabierta y apoyada en mi barbilla, jadea despacio, y él se cuela más y más dentro de mí. Solo alcanzo a decir que le quiero, tan bajito que no sé si lo ha escuchado. Pero lo sabe. Sé que lo sabe. Lo aprieto a mí y nos aceleramos. El sexo con él, nunca lo

es. Siempre es algo más. Siempre significa algo trascendente, casi sacro. Follamos por deporte pocas veces, pero hacemos muchas, muchas veces el amor. Así. Lento, cuidadoso, placentero, decadente, dedicado.

Me corro con los dientes clavados en su hombro, porque no quiero despertar a Alba. Él se corre después, entre bocanadas de aire.

– Hallelujah. – musita cuando la respiración le deja.

Y sí. Aleluya. Gracias. Dios, cosmos, vida, destino, lo que sea que rija el mundo… gracias por devolvérmelo y permitirme saber qué es de verdad el amor. Y joder, qué moñas me he vuelto con los años.

Le miro con ternura. Tiene el pelo negro empapado de sudor, pegado a la frente. Está agarrado a mi cintura, con la mejilla contra mi pecho desnudo. Jadea y frota su nariz contra mi piel. Sonríe.

– Joder… qué bueno, nena.

No puedo evitar sonreír también, aunque me estoy durmiendo. La piel se nos funde, húmeda, pero no me importa. Solo quiero tenerlo cerca, olerlo, poder besarlo. Quiero que pasen años antes de que se haga de día, para poder sentirlo como lo tengo ahora. Tan nuestro… Lo aprieto instintivamente cuando se mueve.

– Shhh. Tranquila. No me voy. – dice despacio.
Se acomoda en la cama y es él quien ahora me atrae hacia su pecho. Huele a él, a su perfume, a mí y a sexo. Quiero morirme en él, como un día, hace muchos años, me dijo a mí. Pero me estoy durmiendo. Y quiero decirle cosas, como que tiene razón y los dos lo sabemos, como que no me suelte, que le echaré de menos si lo hace, como que quiero que me asfixie con la almohada por ser tan moñas. Beso ese rincón con mi nombre, cierro los ojos y…